

El secreto en la habitación de Katherine

Diego Ordaz*



Más allá de sus calzoncillos de organdí y de sus corpiños que la hacían pensar en futuros labiales cromáticos, estaban ocultas, muy ocultas, imagen y escritura. Negro y luz, negro y luz, se repetía en voz queda. Katherine abría muy poco la puerta: su ojito café y pícaro aguzado: lo convertía en periscopio: su cuerpo, imaginaba, era el submarino espía lleno de elegantes agentes secretos vestidos de azul y gris. Volvía la idea y la forma de la vía láctea: se mareaba. Segura de ningún improviso registro, cerró la puerta de su habitación: discreta sonrió dos o tres veces: se frotaba una mano contra la otra. Caminaba de puntillas por la alfombra, casi levitaba en sus lentos movimientos hacia el buró. Al llegar sintió que un antifaz se le adhería al rostro. Ya no percibía la camita ni las muñecas ni sus casitas, sino la bóveda que guarda otra caja de seguridad con combinación numérica, que gira: dentro, la revelación, la primera epifanía. Negro y luz, que no ladre el perro, que no suene la alarma, negro y luz. Descifró el orden de los números y abrió el cajón. Pensó de nuevo en la noche y las estrellas, luego en el día, luego en el negro y la luz, luego en el café, el negro y la luz: se mareó una y otra vez, no dejaba de sorprenderse. Sus deditos sintieron la madera, el barniz, las pequeñísimas porosidades. La mano llegó al fondo, extrajo el motivo inalienable. Leyó el recorte periódico otra vez. Mareo. Esbozó una sonrisilla de agente secreto, puso sus ojos en posición de sigilo, fue la primera decisión para toda su vida: jamás confesaría que el auténtico color del universo es el beige.

Marzo 2009.

* Docente de la UACJ.